

Luis IX en árbitro de la lucha que desgarraba á la cristiandad, comprometiéndose á hacer punto por punto todo lo que el rey juzgara necesario para restablecer la concordia entre el sacerdocio y el imperio (1). San Luis aceptó esta sumision, digna de un discípulo de Cristo, y tuvo largas conferencias con Inocencio IV; pero siempre le encontró implacable:

“Señor rey, dice el papa, no se trata de mi causa, sino de la de toda la cristiandad. ¿Cuántas veces ha hecho Federico estas mismas promesas, y aún mayores todavía, confirmándolas por medio de juramento, y no solamente las ha violado, sino que, después de haberlas hecho, ha cometido aún mayores atentados? ¡No hay lazo que encadene á ese Prometeo de mil formas!., Entónces el piadoso rey de Francia dijo: “Señor papa, ¿no se lee en el Evangelio que se debe abrir hasta setenta y siete veces el seno de la misericordia al que pide perdón?., San Luis invocó un interes que le preocupaba mucho, el de la cruzada, suplicando á Inocencio, en nombre de la Iglesia universal y de toda la cristiandad, que admitiese humillacion tan grande de tan gran príncipe, siguiendo las huellas de Jesucristo, de quien era vicario en la tierra: “¿No se humilló Cristo hasta sufrir la ignominia de la cruz?., “El señor papa, añade *Matthieu Paris*, se negó á hacer justicia á estas súplicas, levantando la cabeza con un movimiento de orgullo (2). Entónces el rey de Francia se retiró indignado é irritado de no haber hallado la humildad que esperaba encontrar en el siervo de los siervos de Dios., Inocencio escribió á la cristiandad: “He permitido que los embajadores de Federico se dirigiesen á Luis IX; pero he declarado al mismo tiempo al rey de Francia que jamas revocaré la deposicion del rey y de su hijo., (3).

La insistencia de San Luis y la arrogante obstinacion de Inocencio son la condenacion del papado. Si el soberano pontífice se hubiera preocupado sólo de la religion, habría debido ceder; Federico no era ya de temer: estaba vencido, y seguramente no hubiera vuelto á provocar la lucha después de los males que le había hecho experimentar el terrible enemigo á quien se había permitido com-

(1) *Commissio itis eum Ecclesie, Ludovico I<sup>a</sup>, en PERTZ, Leg.*, tomo II, p. 355.

(2) «Erecta et rejecta cervice» (M. PARIS, *a.* 124<sup>o</sup>, p. 610).

(3) RAUMER, *Geschichte der Hohenstaufen*, t. IV, p. 149.

batir; en vano decía el papa que desconfiaba del emperador, cuando tenía una garantía en la intervencion de Luis IX, que era más digno órgano de la cristiandad que el orgulloso sacerdote que hollaba los imperios. San Luis no dejaba de trabajar por la paz del mundo cristiano; al partir para la cruzada, fué á Lyon á saludar devotamente al soberano pontífice, y le suplicó que tomase en consideracion la humillacion de Federico, que perdonase al que pedía perdon y abriese á un pecador arrepentido el seno de la bondad paternal; viendo la inflexibilidad del papa, se retiró el rey tristemente, diciendo: “Si la Tierra Santa se perdiese, caerá la falta sobre vuestra inexorable dureza., (1). La cruzada empezó bajo malos auspicios; el ejército cristiano, después de haber sufrido mucho por el hambre, halló socorro en el emperador excomulgado. El rey de Francia, reconocido por este gran beneficio, escribió al padre santo para que admitiese en su gracia á un príncipe que había salvado al ejército cristiano de un hambre inminente; la ilustre madre del rey, la reina Blanca, escribió, por su parte, una carta á Inocencio para que depusiese su cólera; el papa despreció todas estas instancias. Las desgracias de la cruzada justificaron los temores de San Luis; entónces se levantaron amargas quejas en el ejército cristiano contra el orgullo de Inocencio: “¿No son su arrogancia y obstinacion en negarse á las proposiciones de Federico la causa de toda la sangre inútilmente vertida?; Y se proclama vicario de Cristo el que aflige á la Iglesia con tantas adversidades!., (2). Los condes de Poitou y de Provenza, hermanos del rey, hicieron oír al papa verdades aún más duras; le acusaron de haber detenido á los peregrinos que iban á socorrer al rey, sacándoles el dinero á cambio de librarlos de sus votos; le echaron en cara que había desviado á los fieles de la Tierra Santa para ponerlos al servicio de los reyes que creaba en Alemania, y le requirieron para que hiciese la paz con el emperador si quería la salvacion de la Iglesia; pero Inocencio permaneció inexorable, y se despidieron con palabras amargas é injuriosas (3).

Los patriarcas de los nestorianos y de los ja-

(1) MATT. PARIS, *a.* 1248, p. 650.

(2) M. PARIS, *a.* 1249, p. 663; *a.* 1250, p. 690.

(3) M. PARIS, *a.* 1250, p. 694: «Difficilem se Papa exhibuit et inexorabilem, unde juris verbis et litigijs dominus Papa et dicti comites ab invicem recesserunt.»

cobitas dirigieron humildes solicitudes al papa para inspirarle pensamientos de indulgencia y de paz, escribiéndole con el corazón angustiado: “La Ciudad Santa está destruida, el sepulcro del Señor profanado, los cristianos, ó han huido, ó están encadenados; la cristiandad está en peligro., (1). El soberano pontífice no se dignó contestar siquiera á este grito de angustia salido del Oriente; olvidaba la Tierra Santa para entregarse por completo á su odio contra los Hohenstaufen. Un historiador contemporáneo dice que ha leído muchos anales, pero que en ninguna parte ha encontrado un odio entre dos hombres tan inexorable como el que se paraba á Federico de Inocencio (2). La pasión extrayó al vicario de Cristo hasta hacerle perder todo sentimiento humano. El emperador sucumbió en la flor de su edad, bajo el peso de una vida llena de tormentos. Inocencio había sido su amigo como cardenal; oigamos las palabras de sentimiento que le inspira su muerte: “¡Regocijense los cielos, escribe á los preladados, á los nobles y al pueblo del reino de Sicilia; estremézcase la tierra de alegría! El rayo y la tempestad, por tanto tiempo suspendidos sobre nosotros, se han convertido, por la inefable misericordia de Dios, en fresco rocío y en dulces céfiros; ha desaparecido de entre los hombres el que golpeaba á la Iglesia con el martillo del perseguidor., (3). Esta alegría salvaje es la condenacion de Inocencio, es la condenacion del fin que la santa sede perseguía. Por ambicionar los papas la dominacion del mundo se ha infectado de las peores pasiones que agitan los corazones de los hombres. Inocencio canta victoria sobre el cadáver del emperador, sin sospechar que al caer el imperio había de arrastrar en su caída al pontificado, y que sobre las ruinas de la monarquía universal se han de elevar las naciones, cuya soberanía ha de aniquilar la soberanía usurpada de los sucesores de San Pedro. Los papas se atreven á llamarse vicarios de Dios y órganos de la verdad eterna, y son tan ciegos que no se aperciben de que corren á su ruina.

### § III.—Los últimos Hohenstaufen.

#### I.

Á pesar de las malas pasiones de Inocencio IV,

(1) RAYNALD, *Annal. Eccl.*, *a.* 1245, núm. 34.

(2) M. PARIS, *a.* 1248, p. 648.

(3) RAYNALD *a.* 1251, § 3.

la lucha que sostiene contra los Hohenstaufen tiene su grandeza en tanto que su adversario vive; admírase el valor indomable del sacerdote, aunque se reprueben los sentimientos que le inspiran y los medios de que se sirve; pero después de la muerte de Federico, cifra todo su interes en contra de los descendientes; sorprende y repugna el odio implacable con que el papa persigue hasta á los niños en su cuna. Inocencio IV escribe á los Suabos: “Aquel que quería destruir á Cristo en las almas de los fieles, Heródes, no existe ya; pero hé aqui que otro Arquelao (Conrado) reivindica la herencia de la tiranía paterna; á la Iglesia, vuestra madre, toca guardaros del peligro que os amenaza y ampararos con su proteccion contra los enemigos de Dios; la posteridad de Federico nos es justamente sospechosa, como heredera de la perfidia paterna y por haber recibido de sus abuelos su salvaje tiranía; jamas obtendrá, con el consentimiento de la santa sede, ni la corona de Alemania, ni el imperio, ni el ducado de Suabia., (1). En vano alegó Conrado su humilde sumision (2); Inocencio le rechazó, porque el hijo de Federico no podía ser más que enemigo de la Iglesia.

La lucha continuó más furiosa que nunca; Inocencio IV lanzó contra Conrado el ejército de los frailes mendicantes, ordenándoles predicar la cruzada y prodigando á los cruzados todos los favores espirituales de que la Iglesia creía poder disponer; si hemos de creer á un contemporáneo, las indulgencias excedían á las que disfrutaban los peregrinos de la Tierra Santa (3). El papa llamó á las armas hasta á los obispos. El arzobispo de Maguncia, acusado de mostrar poco entusiasmo en la guerra, contestó que el pillaje, el incendio y la muerte no eran propios de un discípulo del Evangelio; se le objetó con el ejemplo de sus predecesores, y él opuso las palabras de Jesucristo: “Envaina tu espada., El Evangelio no halló favor cerca del papa, y el primado de Alemania fué depuesto por la sola razon de no ser hombre de violencia y de sangre, sino de caridad y de paz (4). ¡Hay que espantarse de que el sentimiento moral se pervir-

(1) RAYNALD, *Annal. Eccl.*, *a.* 1251, § 11.

(2) «Se dicebat velle mandatis Ecclesie humiliter obedire.» NIC. DE CURBIO, *Vita Innocent. IV*, § 31 (MURATORI, *Scriptores*, tomo III, p. 592).

(3) No solamente el cruzado, sino tambien el padre y la madre del cruzado obtenían el perdon de todos sus pecados. MATT. PARIS, *a.* 1251, p. 713.

(4) RAYNALD, *Annal. Eccl.*, *a.* 1251, § 12.



tiese hasta el extremo de que un obispo y un abad se conjurasen para asesinar á su rey! (1).

No hacemos al papa responsable del asesinato, si bien es cierto que, predicando una guerra á muerte contra los Hohenstaufen, se hizo cómplice moral de todos los excesos á que conducía el odio religioso. Conrado murió en la desesperacion, echando en cara á su padre haberle engendrado y á su madre haberle concebido, y acusando á la Iglesia de haber sido para él una madrastra. La muerte trágica de tantos príncipes arrebatados por Dios en la flor de la edad, hubiera debido despertar en el papa pensamientos graves y tristes; pero, léjos de eso, cuando recibió la noticia de la muerte de Conrado, según un contemporáneo, se puso locamente á reír, exclamando con la alegría en el corazón y el júbilo en la voz: "¡Me alegro mucho, que todos los hijos de la Iglesia romana se alegren conmigo!" (2). Ya no quedaba más que un heredero de la casa Hohenstaufen, un niño de dos años. Inocencio cantó victoria, creyendo no tener más enemigo que combatir. La herencia de los Hohenstaufen está vacante, y el papa quiere apoderarse de la Italia y la Sicilia; es verdad que para satisfacer su ambición tiene que despojar á un huérfano; pero el huérfano es Hohenstaufen, y para esta raza no hay derecho ni piedad. Veamos qué espectáculo dió la política pontificia; es una triste enseñanza la de la fuerza hollando á la justicia, y más triste todavía que sea el culpable el vicario de Dios; pero es una lección que la historia debe repetir muchas veces, para que los pueblos sepan cuál es la ambición del papado y á qué excesos llega para saciarla.

En una carta dirigida á la cristiandad, Inocencio IV declaró tomar bajo su protección el último vástago de los Hohenstaufen: "La Iglesia romana vela por la salvación de todos sus hijos; y aunque abunda en misericordia para todos, se distingue muy especialmente en los cuidados benéficos que presta á los huérfanos, tomando siempre la defensa de aquellos que no pueden defenderse por sí mismos, extendiendo sobre ellos una mano protectora, tomándolos en sus brazos y nutriendoles en su seno. Por cuanto nuestro querido hijo en Jesu-

(1) RAYNALD., *Annal. Eccl.*, a. 1251, § 8.

(2) M. PARIS, a. 1254, p. 768: "Gaudeo plane et gaudeamus universi Ecclesie romane alumni."

cristo, el ilustre Conrado (1), rey de Jerusalem, duque de Suabia y nieto de Federico, anterior emperador, es huérfano y de corta edad, Nós queremos derramar sobre él el favor de la benevolencia apostólica y ofrecerle un apoyo en la santa sede; en consecuencia, declaramos que el reino de Jerusalem, el ducado de Suabia y los derechos del susodicho Conrado, tanto sobre los Estados sicilianos como sobre los demás países, le serán conservados en su integridad," (2).

Hé aquí un lenguaje digno del jefe de la cristiandad y del padre de los fieles; pero las acciones de Inocencio IV están en contradicción completa con sus palabras, y, por tanto, son más censurables. Ya antes de la muerte de Conrado, el papa, comprendiendo á toda la raza de los Hohenstaufen en la reprobación con que había castigado á Federico II, pensó en dar á la santa sede la soberanía directa del reino de Sicilia, y excitó á los habitantes á la rebelión, asegurándoles que permanecerían perpetuamente sometidos á los sucesores de San Pedro (3). Al mismo tiempo se entablaron negociaciones con el rey de Inglaterra para transferir á su hijo la corona de Sicilia como feudo de la Iglesia romana (4). Seis días antes de la muerte de Conrado, el legado del papa firmó el tratado de cesión. Conrado murió el 21 de Mayo. Inocencio confirmó la donación de la Sicilia hecha al rey de Inglaterra, y le escribió el 9 de Junio que apresurase los preparativos de su expedición (5). Apenas trascurren algunos meses, el papa trató con Manfredo, reconoció los derechos de Conradino, proclamándolo en una carta dirigida á la cristiandad, sin decir una palabra de la investidura dada al rey de Inglaterra. ¿Quién era el engañado, Manfredo ó Edmundo? El uno y el otro, porque entre tanto Inocencio quiere apoderarse del reino para sí mismo; su legado obra como dueño y señor; el papa se considera como rey de Sicilia y ejerce la soberanía directa, olvidándose de los derechos de Conradino, el heredero legítimo, y los compromisos ad-

(1) El hijo de Conrado llevaba el mismo nombre de su padre; los Italianos le llamaban *Conradino*.

(2) "Et alia jura sua, ubicumque illa sive in regno Siciliae sive alibi habeat, integra et illa sibi proponimus et volumus conservare" (RAYNALD., *Annal. Eccl.*, a. 1254, §§ 46, 47).

(3) CHERRIER, *Historia de la casa de Suabia*, t. III, pág. 322 y siguientes.

(4) RYMER, *Federa*, t. I, p. I, p. 301.

(5) El legado del papa ofreció la corona de Sicilia al hijo de Enrique III, Edmundo, en el mes de Marzo de 1254 (RYMER, *Federa*, t. I, p. 297).

quiridos con el rey de Inglaterra (1). Bien pronto las victorias de Manfredo obligaron al soberano pontífice á recurrir al rey de Inglaterra, invitándolo á tomar posesión del reino de Sicilia, como si no se hubiese hecho nada contra sus derechos (2). Un historiador parcial del papado no puede menos de pronunciar la palabra *fraude* para condenar la tortuosa política de Inocencio (3). El fraude era tanto más criminal, cuanto que tendía á despojar al huérfano que el papa había tomado bajo su protección á la faz de la cristiandad.

## II.

Inocencio IV legó su odio á sus sucesores. Al morir recomendó á los cardenales que hicieran guerra á muerte á los últimos Hohenstaufen (4). El papa Alejandro fué digno heredero de su desleal política: apenas elegido, escribió á la madre y á la abuela de Conradino que su intención era conservar los derechos del huérfano y, si le era posible, aumentárselos (5). Inocencio había engañado á reyes y á hombres. Alejandro engañó á una mujer, á una madre; un analista de la corte de Roma es quien nos lo dice: "Desde su advenimiento, dice *Raynaldi*, Alejandro no pensó en otra cosa que en quitar el reino de Sicilia á los descendientes de Federico y transferirle al rey de Inglaterra," (6). Tres meses después de la carta en que mantenía los derechos del joven Conradino, el papa firmó el tratado por el que cedía la corona de Sicilia al príncipe inglés (7).

El papado no tenía más que un solo pensamien-

(1) NIC DE JANSILLA, *Hist.* (MURATORI, *Scriptores*, tomo VIII, páginas 507, 510, 512).—El 3 de Octubre de 1254, Edmundo, como rey de Sicilia, da en feudo el principado de Capua al conde de Saboya (RYMER, t. I, p. 308). Y en el mes de Noviembre, el papa hace á Bertoldo, marqués de Hohemburch, gran senescal del reino de Sicilia, fundándose en que este reino ha venido á ser propiedad de la santa sede (RYMER, *ib.*, p. 311: *Cum regnum Siciliae, cum omnibus districtibus et pertinentiis suis, ad apostolicam sedem plene pertinet, sitque ad ejus dominium totaliter devolutum*).—En Febrero de 1255, Alejandro IV hace concesiones análogas, fundándose literalmente en el mismo motivo (RYMER, *ib.*, página 314).

(2) RYMER, *Federa*, t. I, p. I, p. 312. El acta definitiva de cesión es del mes de Abril de 1255 (*ib.*, p. 316-319).

(3) CHERRIER, *Historia de la casa de Suabia*, t. III, pág. 303 y siguientes.

(4) M. PARIS, *ad a.* 1254, p. 772.

(5) Carta del 23 de Enero de 1255, en HORMAYR, *Wiener Jahrbuecher*, t. XL, p. 151, citada por CHERRIER, t. III, p. 408: "Ejusque pueri jura non solum integra et illa servare, immo potius augere."

(6) RAYNALD., *Annal. Eccl.*, a. 1255, § 8.

(7) RYMER, *Federa*, t. I, p. II, p. 7, 128.

to, el odio de los Hohenstaufen. Inocencio III acusó de calumnia á los que censuraban á la santa sede de alimentar la división de Alemania para debilitarla; estas protestas no han engañado nunca más que á los que quieren dejarse engañar; es preciso juzgar á los hombres por sus actos y no por sus palabras. Veamos á los papas en sus obras, cuando la muerte del gran emperador los hizo dueños del imperio. Después de haber hecho elegir fantasmas de reyes por medio de los obispos, se manda á los electores que procedan á una elección seria. Los príncipes alemanes se dividieron. ¿Qué hizo el pontífice romano? Reconoció á los dos elegidos, reservándose decidir, después de escucharlos, á quién debía pertenecer la primera corona del mundo; sin embargo, los dos príncipes eran igualmente impotentes; Alemania quedó entregada á tan espantosos desórdenes, que las ciudades se vieron obligadas á confederarse para defenderse contra el bandolerismo. El jefe de la cristiandad, el que dispone de los tronos, en vez de intervenir para restablecer la paz y la misión, dejó consumirse al imperio en las convulsiones de la anarquía (1); pero hé aquí que algunos príncipes quieren llamar al trono, ilustrado por sus antepasados, al último vástago de los Hohenstaufen; entonces el papa exclama: "En esta abominable familia, la perversidad del padre se trasmite á los hijos con la sangre; el ejemplo del pasado nos dice lo que él puede esperar de una raza incorregible; el joven príncipe proviene de una serpiente, y una planta venenosa no puede producir nunca buenos frutos" (2). Urbano IV se expresó con la misma violencia que Alejandro, y amenazó con la excomunión á todos los que cooperasen á la elección de Conradino," (3).

Sin embargo, la maldita raza de los Hohenstaufen es tan fecunda en héroes como los papas en pasiones odiosas: Manfredo, si no era heredero legítimo de su padre, fué al menos heredero de su genio; nacido fuera de matrimonio de una madre italiana, no podía aspirar al trono de Alemania. Italiano más bien que Hohenstaufen, Güelfo más bien que Gibelino, quiso reconciliarse con la santa sede, y debe creerse en sus sinceros ofrecimientos, porque el interés los inspiraba. El papa le rechazó.

(1) RAUMER, *Geschichte der Hohenstaufen*, t. IV, pág. 396 y siguientes; 592 y siguientes.

(2) RAYNALD., *Annal. Eccl.*, a. 1255, §§ 2-6.

(3) RAYNALD., *Annal. Eccl.*, a. 1262, §§ 7, 8.



“Manfredo es de la raza de las víboras, y está predestinado al mal,” (1). Para vencer al joven héroe, Urbano ofreció la corona de Sicilia al rey más grande de la cristiandad, á San Luis, y en su defecto á Carlos de Anjou, su hermano. El rey de Francia mostró tener una conciencia más delicada que el vicario de Cristo, mirando como un escándalo invadir así los derechos de otro: “¿No pertenecía el reino de Sicilia por herencia á Conradino? Y si podía desconocer su derecho, ¿olvidaba el papa los tratados que había firmado confiando la corona á Edmundo, hijo del rey de Inglaterra?,” La respuesta de Urbano hace poco honor al jefe de la cristiandad; no ve en los escrúpulos de Luis IX más que las malévolas sugerencias de los enemigos de la santa sede: “¿Por qué no tiene el rey más confianza en la Iglesia? ¿Puede creer injusta una empresa aconsejada por el papa y los cardenales?,” En vano se buscarían en la carta de Urbano razones para justificar una conducta que no se explica más que por el odio: el soberano pontífice ha decidido; pues el bandolerismo se convierte en justicia y la violencia se cambia en derecho (2). Carlos de Anjou, que tenía una conciencia menos timorata que San Luis, se dejó convencer por estos singulares argumentos y aceptó las ofertas del papa.

Urbano predicó una nueva cruzada contra Manfredo; en sus manifiestos no habla sino de una raza venenosa y de culebras (3); pero lo más envenenado es el lenguaje de aquel que todavía se atreve á llamarse vicario de Dios. El papa colma de indulgencias á los que tomen parte directa ó indirectamente en esta guerra santa (4). Nunca se había abusado tan odiosamente de las cruzadas; la cristiandad había tomado las armas para rescatar el

(1) «Regem, tanquam jam prescitum ad malum, Summus Pontifex excommunicationis vinculo innodavit.» SAB. MALASPINA, *Hist. II*, 7 (MURATORI, *Scriptor.*, t. VIII, p. 806 y siguientes).

(2) Urbano declara (1263) retirar la concesión que ha hecho del reino de Sicilia á Edmundo, porque éste no ha cumplido las condiciones que se le habían impuesto (RYMER, t. I, p. 428). Clemente IV (1265) hizo una declaración análoga (D'ACHERY, *Spicileg.*, III, 618). Pero mediaba un tratado; ¿y puede resolverse un convenio por la voluntad de una sola de las partes?

(3) RAYNALD., *Annal. Eccl.*, a. 1265, § 25: «De venenoso genere, velut de radice colubri, virulenta progenie Manfredus.»

(4) *Epist. Clementis IV*, en MARTENE, *Thesaurus Anecdotorum*, t. II, p. 197: «Italicos et alios fideles ad hoc salutari Jesu Christi exercitum tyrocinium, non solum piis exhortationibus, sed etiam superabundantibus gratiis invocamus.»—El legado del papa dió á los soldados del conde de Anjou la absolución de sus pecados, y les prometió el cielo si perecían en la batalla (*Gesta Episcop. Antissiodorensis*, ad a. 1266, en LABBE, *Bibliothec. Manuscript.*, I, 497).

sepulcro de Cristo, guerra verdaderamente sagrada en el sentido de que no se mezclaba en ella ningún interés terreno. Ahora el pontificado subleva á los pueblos cristianos para conquistar un reino, poniendo las armas de la Iglesia al servicio de un hombre ambicioso y sanguinario (1). Aunque el siglo XIII fuese todavía católico, la conciencia general se rebeló contra este trastorno de todo orden moral: según un contemporáneo, se admiraban los fieles de que el papa les prometiese, por verter la sangre de los cristianos, las mismas indulgencias que les había concedido por hacer la guerra á los infieles. Los Apulianos se indignaron de que dispusiera del reino de Nápoles en favor de un extranjero y de que precipitase sobre ellos á los cruzados como si fuesen Sarracenos (2). Casi dan ganas de acusar á la Providencia, que dió la victoria al usurpador. El Padre Santo se mostró tan cruel como Carlos de Anjou. Manfredo, vendido y abandonado por los suyos, buscó la muerte; conmovidos por la desgracia del joven héroe, los caballeros franceses rogaron al rey que permitiese que el vencido fuese enterrado honrosamente; pero ¿cómo dar sepultura á un excomulgado? Se depositó al hijo del emperador en una fosa al pié del puente de Benevento, y cada soldado puso una piedra en esta humilde tumba; pero el odio de la Iglesia, más cruel que el de los guerreros, sobrevivió á la vida (3); y con el pretexto de que el cadáver de un excomulgado manchaba aquella tierra pontificia, el legado del papa le hizo sacar de la fosa y arrastrar á orillas del Garillano, y allí se abandonaron al viento y á la lluvia los restos del que había sido rey (4).

### III.

Cuando el papa excitaba á los Sicilianos á la rebelión contra Federico II, les decía que gemían bajo el yugo de un nuevo Neron. Carlos de Anjou

(1) Sobre Carlos de Anjou, véanse los testimonios de sus partidarios los Gúelfos, recogidos por RAUMER, t. IV, p. 436 y siguientes.—SCHOELL, el más imparcial de los historiadores, dice de él que se hubiera creído completamente destituido de conciencia, si fuese posible que el hombre pudiese hacer callar enteramente la voz de este juez, sobre el cual no tienen poder las ilusiones (*Historia de los Estados europeos*, t. IV, p. 263).

(2) M. PARIS, ad a. 1255, p. 785, 788.

(3) «Los reyes no se vengan más que de los vivos; la Iglesia se venga de los vivos y de los muertos.» VOLTAIRE, *Ensayo sobre las costumbres*, c. XL.

(4) Carta de Clemente IV á Carlos de Anjou, en RAYNALD., *Annal. Eccl.*, a. 1266, § 18.

será su ángel libertador: “Es querido por todos conceptos de Dios y de los hombres; es el elegido del Señor para la defensa de su pueblo; es la paz de los fieles, la tranquilidad de los reinos,” (1). Al día siguiente de la victoria, el mismo papa escribe al vencedor, ensangrentado con el saqueo de Benevento: “Te has mostrado más implacable que Federico mismo; porque al fin ese César impío, pero ilustre, poderoso y magnífico, á que Benevento se había atrevido á resistir, Federico, en fin, ordenó la destrucción de las murallas de la ciudad, pero no el exterminio de los habitantes. ¿Es así como te humillas ante el Dios de los ejércitos que te ha dado la victoria? Si al menos tantos horrores hubiesen sido la continuación de un primer impulso, de una atracción irresistible... pero no, durante ocho días has permitido friamente los atentados de tus hombres de armas,” (2). La indignación del papa hubiera debido estallar con la misma violencia contra el bárbaro tratamiento de la familia de Manfredo; su mujer, la reina, murió de dolor y miseria en un oscuro calabozo, y su hija estuvo diez y ocho años prisionera y no recibió libertad sino por canje. Sus tres hijos estuvieron treinta y un años entre cadenas; y cuando después de este largo cautiverio se las quitaron, permitiéndoles que les visitase un sacerdote y un médico, se ignora cómo murieron: uno de ellos vivía todavía en su prision cuarenta y tres años después de la batalla de Benevento! (3).

Aquel que el papa llamaba *el elegido del Señor* hizo sentir bien pronto á los Italianos *la tiranía de los Neronos*. El papa mismo comparó á los agentes del rey de Nápoles á ladrones y bandidos: “No se contentan, dice, arruinando el país con exacciones y robos, sino que exasperan á los habitantes con raptos, adulterios y crímenes sin número y sin nombre,” (4). Clemente escribió á Carlos de Anjou: “¿No llegan á tus oídos los gritos y lamentos de los oprimidos? Eres odiado y maldecido por todos,” (5). El retrato que el papa hace del rey de

(1) Carta de CLEMENTE IV, en RAYNALD., *Annal. Eccl.*, a. 1266, § 8. El papa hace un mal juego de palabras sobre el nombre del rey: «Carotus, id est carus totus, ἅλιον enim totum significat lingua graeca.»

(2) CLEMENTE IV, *Epist. ad Reg. Sicil.*, en MARTENE, *Thesaur. Anecd.*, t. II, p. 306.

(3) RAUMER, *Geschichte der Hohenstaufen*, t. IV, p. 493 y siguientes.

(4) Carta de CLEMENTE IV al rey de Sicilia, en MARTENE, *Thesaur.*, t. II, p. 524.

(5) *Codex manuscript. Vatican.*, en RAUMER, *Geschichte der Hohenstaufen*, t. IV, p. 526.

Nápoles es ciertamente el de un tirano: “Se dice que eres inhumano y que no tienes afecto por nadie; ¿qué es, pues, ese género de vida sino la imágen de la muerte, sospechando siempre de tus súbditos, á quienes también eres sospechoso?” (1). La opresión provocó la insurrección (2). Los Italianos buscaron un salvador en la raza venenosa que el papa perseguía con su odio: Conradino, el nieto de Federico, pasó los Alpes para reclamar la herencia de sus antepasados: nada más conmovedor que el manifiesto del joven príncipe de diez y seis años: “A la muerte de mi padre no era todavía más que un niño, llorando en la cuna ó colgado del cuello de mi nodriza. El rey, por su testamento, me dejó en manos de la Santa Iglesia, nuestra madre, esperando que me recibiría con caridad entre sus brazos. Ahora bien, ved cómo el soberano pontífice sacrifica á un huérfano indefenso; arrastrado por una ardiente codicia, se apoderó del reino de mi padre... ¡Hé aquí cómo, ¡oh dolor! ejerció el papa la piedad hacia mí! ¡Hé aquí con qué decencia cumplió los sagrados deberes de la tutela!... Hoy que los Italianos hollados por Carlos me llaman al trono de mis padres, empuño el escudo y la espada, y Dios será juez entre mí y el usurpador,” (3).

¿Qué acogida hizo el papa á este niño, que no tenía más pecado que haber nacido? (4). Se revuelve con una violencia inaudita contra el heredero legítimo de los reyes normandos, haciendo el principal papel en las bulas del Padre Santo las culebras y el veneno: “Un reyezuelo (5), nacido de una raza de culebras, infesta con su emponzoñado aliento la Lombardia y la Toscana, enviando á sus semejantes, engendros de víboras, hombres pestilentes, para propagar la traición contra Carlos, nuestro muy querido hijo en Jesucristo: tal es ese necio niño que se llama Conradino...” Al ultraje y la ironía añade el papa los rigores eclesiásticos y civiles contra los partidarios del joven príncipe,

(1) *Epist. Clement. IV*, en MARTENE, *Thesaurus Anecd.*, t. II, página 406.

(2) NIC. DE JAMSILLA, *Hist.*, en MURATORI, *Script.*, tomo VIII, página 609 y sig.: «Regnicolis igitur ubique per regnum murmuracionis emittentibus et lamenta de aspero et agresti ac importabili dominio Gallicorum.» C. SAB. MALASPINA, *Hist. Sic.*, III, 16 (MURATORI, t. VIII, p. 881 y siguientes).

(3) LUNIG., *Codex diplom. Italic. Append.* (traduc. de SAINT-PRIEST, *Historia de la conquista de Nápoles*, t. III, p. 41-50).

(4) Palabras del manifiesto de CONRADINO.

(5) RAYNALD., a. 1267, § 2: «De radice colubri venenosi egressus regulus (regulus significa también basilisco) suis jam inficit flatus partes Tusciae, viperarum genimina, virosque utique pestilentes...»



siendo sus bienes declarados buena presa, y excomulgados y condenados como infames (1). Conradino sucumbió. Entonces el genio duro y cruel de Carlos de Anjou, exasperado por la sublevación de sus súbditos y exaltado por el fanatismo religioso, se manifestó con libertad; los vencidos fueron tratados como criminales; no se contentó el vencedor con la ruina y la muerte de sus víctimas, sino que anduvo rebuscando suplicios para torturarlos (2). Nada puede compararse con estas horribles venganzas, sino las terribles represalias de las Vísperas Sicilianas; los asesinatos mismos son menos espantosos que la muerte jurídica de Conradino. El tribunal que Carlos de Anjou reunió para juzgar cuál de sus jueces era legítimo decidió en favor del acusado: "Conradino no era un criminal, era un prisionero de guerra; ¿puede acriminarse á un hijo porque reclama la herencia de sus mayores?," Una sola voz abogó por la muerte; no necesitaba Carlos de Anjou más que un pretexto, y Conradino fué condenado á perder la vida por medio de la espada. Un grito de horror resonó en toda Europa (3).

El destino trágico de los Hohenstaufen se cumplió. Derramemos una lágrima por el joven héroe, víctima pura que expía las faltas de sus antepasados. Cuando se comparan las brillantes cualidades de Manfredo y Conradino con la fría y cruel figura de su vencedor, hay que preguntar con angustia cómo Carlos de Anjou pudo vencer (4). En la lucha de Manfredo y Carlos de Anjou no hay que ver la lucha de dos individuos, son dos principios los que combaten. Los últimos Hohenstaufen estaban colocados fuera del cristianismo. Manfredo no tenía más sentimiento cristiano que su padre; la opinión pública le acusaba de herejía; se

(1) RAUMER, *Geschichte der Hohenstaufen*, t. IV, p. 540.

(2) RAUMER, *Geschichte der Hohenstaufen*, t. IV, p. 571-574.—SAINT-PRIEST, *Historia de la conquista de Nápoles*, t. III, p. 290 y siguientes.

(3) SAINT-PRIEST, t. III, p. 150 y sig.—RAUMER, t. IV, p. 175 y siguientes.—Se ha censurado al papa de haber sido cómplice del verdugo (DE POTTER, *Historia del cristianismo*, t. IV, p. 272). La complicidad no es más que moral. El biógrafo de Clemente IV encuentra el asesinato jurídico de Conradino perfectamente legítimo (MURATORI, *Scip.*, t. III, p. 535).

(4) Un poeta contemporáneo expresa ya este sentimiento de desesperación, el osado trovador Bartolomé Zorgé, que se atrevió, en las prisiones de Génova, á censurar el asesinato jurídico de Conradino y de su amigo el duque de Austria: "Si el mundo se derrumbase, si todo cuanto resplandece quedase en tinieblas, no lo consideraría ya como un desorden, desde que Conradino y el duque Federico han sido muertos tan malamente" (*Historia literaria de Francia*, t. XIX, p. 570).

le vió consultar con los adivinos y astrólogos en víspera de la batalla que debía decidir de su porvenir. El combate de Manfredo y Carlos era el de la incredulidad contra la fe cristiana; para excitar el valor de sus guerreros, les dice el príncipe frances (1): "Heridos de anatema y excomunion, nuestros enemigos combaten bajo las banderas de Satanás, que, por la sentencia de la santa sede, los tiene ya bajo sus garras como vasallos; nosotros, por el contrario, combatimos en nombre de Aquel que ha querido sufrir por nosotros hasta la muerte." "Es de Dios de quien se trata, exclamaba el papa. ¡Espérese su juicio! ¡Y que cada uno acepte ó apruebe lo que le parezca bien!," (2).

La historia no tiene otra cosa que hacer que explicar los designios de Dios, pero sin que esta justificación de la Providencia disculpe los crímenes de los hombres. Hay en el fin trágico de los Hohenstaufen un juicio de Dios. Federico y Manfredo son los libre-pensadores en el trono; y como el tiempo de la filosofía no ha de llegar hasta cinco siglos más tarde, el cristianismo debe aún por largo tiempo presidir los destinos de la humanidad y hacer desaparecer á los que tuvieran el poder de detenerla en su marcha. ¡Desgraciados los hombres que se adelantan á su tiempo! Perecerán, porque les falta el medio que necesitan para vivir; pero esta fatalidad constituye también su incomparable grandeza: los vencidos de hoy serán los héroes del mañana, y su gloria será inmortal. En vano triunfan los papas sobre los cadáveres de los Hohenstaufen: jamás aprovecha al vencedor una victoria ganada á precio de la sangre del inocente. Después de la muerte de Conradino, cree el papa no tener más enemigos, y se encuentra con que comienza su decadencia en el momento mismo en que llega al apogeo de su grandeza. Los papas tienen tantos enemigos como reyes celosos de su libertad existen, y acaban por sucumbir; pero ¿quién triunfa? La causa de los Hohenstaufen, la independencia del Estado. Hé aquí el juicio de Dios sobre la monarquía pontificia.

#### § IV.—¿Quién es vencedor?

Federico II se hallaba en Verona en 1245, año en que fué excomulgado por el concilio de Lyon;

(1) SAB. MALASPINA, *Hist. Sicul.*, II, 20; III, 6 (MURATORI, *Scriptor.*, t. VIII, p. 816, 823).—SAINT-PRIEST, t. II, p. 189.

(2) RAYNALD., *Annal. Eccl.*, a. 1263, § 9.

uno de la grandeza italiana le regaló un caballo de pura raza, pero flaco y miserable; y como manifestáran los que le rodeaban su sorpresa, les dijo Federico: "No os admireis; este caballo era en otros tiempos hermoso, fuerte y de gran precio; lo mismo que le sucede al imperio: ha sido potente y glorioso, y hoy el emperador no tiene ninguna autoridad en Italia ni en Alemania," (1). Estas dolorosas palabras de Federico eran una profecía: él fué el último emperador; es cierto que el reino de Alemania continuó llevando el título de imperio romano; pero después de Federico se rompió el nudo que formaban Roma é Italia con la corona de Alemania. La independencia de Italia era la muerte del imperio, que no podía resucitar porque tenía en sí un principio de irremediable debilidad. Durante la larga lucha de los papas y los Hohenstaufen, los príncipes alemanes llegaron á ser soberanos casi independientes; su jefe no tenía más que un título sin poder. El pontificado es el que mata el imperio; le había creado para que sirviera de apoyo á la santa sede; y cuando los emperadores quisieron llegar á ser dueños, intentó dominarlos en virtud de la plenitud de su poder divino; pero encontrando heroica resistencia en una ilustre raza, no pudiendo vencer á los Hohenstaufen, los destruyó y con ellos el imperio.

La historia aplaude la destrucción del imperio porque era una falsa concepción, un legado de la antigüedad. Los pueblos antiguos han ensayado la monarquía universal; Roma los condujo al aniquilamiento y á la muerte. Dios envió á los Bárbaros, no para continuar ó resucitar el imperio romano, sino para destruirle; y envió á Jesucristo para fundar una religión destinada á moralizar á los conquistadores; para llenar esta misión necesitaban sus ministros una acción independiente, y la monarquía universal de los Hohenstaufen hubiera implicado la esclavitud de la Iglesia; con el imperio habría decaído la Iglesia latina como la griega; débil é impotente, hubiera sufrido el yugo de los reyes, mientras que estaba llamada á reinar. Léjos de echar de menos el imperio, demos gracias al papa por haber luchado contra la heroica raza de los Hohenstaufen; por mejor decir, prosternémonos ante Dios, que se sirve hasta de la ambición

(1) *Annal. Mediolan.*, en RAUMER, *Geschichte der Hohenstaufen*, t. IV, p. 125.

de los hombres para realizar los designios de su impenetrable sabiduría.

Pero qué, ¿no hay más intereses comprometidos en la lucha del sacerdocio y el imperio que la monarquía universal de los emperadores y la independencia de la Iglesia? La Iglesia también aspiraba á la dominación universal bajo otra forma: pretendía tener un derecho de jurisdicción sobre los reyes: "Los emperadores cristianos, dice Gregorio IX, deben someter sus decisiones al papa y á los obispos," (1). Los Hohenstaufen no querían una soberanía que disminuyese la temporal; su causa era, pues, la del Estado, y es sagrada, porque es la expresión de los verdaderos principios que rigen las sociedades humanas: no es la Iglesia, sino el Estado el que es el soberano; la Iglesia, léjos de ser soberana del Estado, le está subordinada; sin embargo, el Estado sucumbió en la persona de los Hohenstaufen, y la Iglesia usurpó su soberanía; sucumbió el Estado porque no había llegado el momento en que podía presidir los destinos de los pueblos. Inocencio III se vió obligado á luchar contra la monarquía por la conservación del orden moral: ¿cómo un poder que tenía necesidad para sí mismo de un freno hubiera podido guiar á los pueblos por el camino del perfeccionamiento? Queriendo los Hohenstaufen sustraer el Estado á la autoridad de la Iglesia, iban más allá de la Edad Media y se anticipaban á sus necesidades; eran hombres modernos que avanzaban más que el catolicismo: en este sentido, el papado tenía derecho de rechazarlos como herejes; sin embargo, la independencia del Estado acabará por vencer; la soberanía pertenece á la humanidad, y después de ella á las naciones; la Iglesia no puede tener ninguna soberanía á su lado ni sobre ella. Por este título, los Hohenstaufen fueron los campeones del porvenir; fueron vencidos, pero su causa triunfará.

Para que triunfe la independencia de los pueblos es preciso que el poder de los papas sea destruido; ellos mismos trabajaron por su ruina, cuando creían trabajar para su grandeza. La lucha contra los Hohenstaufen trajo el principio de su decadencia. Para combatir al emperador no tenían los pontífices romanos más que las armas espirituales y la influencia de la Iglesia, y se vieron obligados

(1) GREGOR., *Registr.*, X, en RAUMER, *Geschichte der Hohenstaufen*, t. III, p. 608.